

Jorge Arturo Quintanilla Penagos

TUMBALÁ

El capitán Rogelio Martínez me advirtió claramente del peligro, cuanto le conté sobre mi necesidad de ir a practicar una inspección ocular, acompañado de mi esposa y mis tres hijos a Tumbalá.

No me dijo más, sino hasta el momento de estar casi enfrente del cerro, con una altura superior a los 1390 metros, casi el doble de la altura de Yajalón.

---Aquí vamos a aterrizar---señaló a la pasada de aproximación.

---¿Esa como callecita con un cuartito al fondo y del otro el voladero? Tiene como cien metros de largo.

---Tal vez menos de eso. La mitad de la de un portaaviones.

Mi esposa me apretó el hombro con cariño.

---¿Por esto no querías que viniéramos?---asentí moviendo la cabeza.

---Si les da miedo, cierren los ojos---dijo Rogelio.

No lo hicimos y pudimos apreciar las habilidades del piloto para atinarle al campo y luego clavar los frenos hasta quedar la hélice girando a un metro de la pared de la oficina. Como pudimos nos bajamos de la nave y Jorge Anlehu, nuestro anfitrión, nos llevó a su casa a desayunar. De ahí fuimos al campo de béisbol a presenciar entre copa y copa de whisky un partido entre los jugadores locales y los de Tila.

Al mediodía, celebramos la victoria del equipo de casa, atendidos a cuerpo de rey, devoramos, más que comimos, un plato de succulento guisado de jabalí, con una receta de la familia y siguió la pachanga hasta bien tarde. Nos fuimos a dormir y en segundos me quedé dormido.

Abrí los ojos medio adormilado y bajé al patio.

---Ya estamos listos, lic, estoy ajustando el estribo de su caballo---explicó el juez Municipal. El caballo, de muy buena alzada, tenía una montura con adornos de plata y estribos ajustables.

---Es un animal muy poderoso y educado, el Presidente quiere que viaje usted seguro---explicó.

Lo monté y me satisfizo muy ampliamente. Con la pura presión de mis tacones se movía bien, hacia donde yo quisiera. La rienda sólo la usaría para corregir el rumbo, porque también atendía con la voz.

Salimos a la calle y en unos minutos el terreno se hizo abrupto y empezamos a descender. Apenas se podía ver, tanto por lo tupido de la vegetación, como por la falta de sol, pues todavía no había salido. Estábamos en el alba. La hora cero, diría si estuviéramos en coche, en una carretera. Yo iba agarrado de las uñas y máxime cuando la inclinación fue tan exagerada. Tanto Anlehu, como el Juez adelante, se desmontaron, para poder seguir. Vi muy pronunciado el barranco y si me desmontaba, de seguro me caería, y recordé a don Nef, mi padre adoptivo, quien me enseñó a montar en el camino a Nurío, allá en Michoacán. "Si es subida, te echas para adelante y te pegas al

cuello del caballo. Si es necesario, agarrado de las crines---explicó---. Si es bajada, te echas hacia atrás como si te acostaras en las ancas". Me eché hasta donde pude y así salvé la situación. Llegamos a una planada y el sol estaba comenzando a calentar. Avanzamos unos kilómetros y llegamos a una zona muy rara, con agua y entramos a ella. Conforme fuimos avanzando, llegamos a un hondo como de treinta centímetros y todo estaba cubierto de troncos de unos cinco centímetros de diámetro, entrecruzados como si fueran un juego de palillos chinos, cubriendo muchas hectáreas. Quise dirigir el caballo, pero la maraña de palos me dio dolor de cabeza. Mejor solté las riendas y mi corcel se abrió paso sin dificultad. El cansancio, la desvelada y el arrullo del movimiento del equino esquivando obstáculos, me provocó sueño y me encasqueté el sombrero. No tengo idea de cuánto avanzamos, pero el sol ya quemaba y el paisaje, sin agua ni palos cambió por zacate verde y un poblado pequeño.

---Ya llegamos, lic---soltó Anlehu y desmontamos frente a una especie de iglesia.

Entramos y varios de los lugareños me explicaron del problema. No era un despojo, sólo se trataba de hacer el deslinde del predio de la Iglesia, con el del vecino. Aproveché la presencia del Presidente y del Juez y yo, como testigo, de común acuerdo las partes se hizo el correcto deslinde de ambos predios y todos contentos. Nos despedimos y desandamos el camino. Me volví a dormir hasta llegar a la orilla del cerro y comenzamos el ascenso. Cómo la bajada, había poca luz, pues ya empezaba a anochecer.

En la parte más empinada mis guías se bajaron de las monturas y yo me colgué del pescuezo y crines de mi caballo, hasta llegar a la cumbre.

Nunca imaginé que iba a ser el generador del tema de la plática de sobremesa y de lo que siguió, porque a mi esposa le echaron la culpa, le reclamaron pues cuando le preguntaron, ella dijo que yo no sabía montar, y por creerle, hicieron el ridículo frente a mí, al querer enseñarme, siendo yo el mejor jinete que habían conocido en su vida.

---Imagínense en la penumbra, antes de amanecer, enviado un lugar desconocido para él, bajar el cerro y luego subirlo de regreso, montado como si fuera en parte plana, ¡sólo un jinete excepcional!---aseveró el Presidente.

---Además se durmió tanto de ida, como de regreso en toda la cruzada de la parte anegada con palos---dijo el Juez Municipal.

---No me bajé del caballo porque me dio miedo de caerme y me dormí porque me eché dos noches de desvelo, más la cruda--- expliqué.

La algarabía fue general. Todos silbando y aplaudiendo festejaron mi supuesto desparpajo y humor.

En la mañana, luego de mil copas, subimos al Cessna 180 y pudimos completar nuestro ascenso y descenso como se haría en un portaaviones.